

REVISTA LITERARIA

DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.

El Ermitaño.

(CONTINUACION.)

Cuando hubimos llegado á la ermita del hermano Federico y entramos en ella, sin reparar yo en el venerable solitario que la ocupaba, me entretenia en observar otra vez hasta los mas insignificantes pormenores de aquella humilde habitacion. Parecióme notar un extraordinario esmero y buen gusto en la colocacion de sus pequeños y reducidos muebles, de aquellas herramientas con que se ejercitan en el trabajo los ermitaños con solo el objeto de evitar la ociosidad, pues ni su obra ni los instrumentos mismos se miran como propios, siendo árbitro el superior de quitarlos á quien se le autoja para hacer de ellos el uso que le parezca. y mirando ácia una y otra parte vi elevado en la pared un dibujo de muy buena mano que representaba la imagen de Nuestra Señora, y al pie escrita con el mismo lápiz la siguiente.

OCTAVA.

Madre de Dios piadosa, virgen pura,
Del hombre amparo y celestial consuelo,
Si una mirada llena de dulzura
Te dignas dirigirme desde el cielo,
Concede á mi penar y desventura
El solo objeto de mi ardiente anhelo;
Rómpase pronto esta mortal cadena
Que me sujeta en la mansion terrena.

Ni el tono ascético de los versos, ni su medio mérito (aunque se echaba de ver que estaban sin pulir) ni el vehemente afán con que su autor parecia desear la muerte, ni otras consideraciones se me ocurrieron en aquel momento, porque una mas poderosa que todas vino á asaltarme y embargó ente-

ramente mis potencias; la mano que habia trazado aquellos caracteres no me era desconocida: yo miraba la letra con que estaban escritos los versos y cada vez la encontraba mas semejante, mas idéntica á la que otras veces me habia explicado los sentimientos de la mas tierna amistad.... Pero ¿como era posible? A mi me parecia la letra de Gonzalo, y Gonzalo hacia ya muchos años que habia muerto. Suspenso estaba yo y como estático en aquellas reflexiones, cuando Lopez, el ermitaño y su prelado, entraron en la celdilla despues de haber examinado el reducido jardin comprendido entre aquella y la cerca exterior. Lopez hacia algunas preguntas á que se contestaba en pocas palabras.... pero el acento de estas pocas palabras, hiriendo mis oidos, me sacó de aquel enagenamiento.—Vuelvo la cara, miro con atencion al hermano Federico.... ¡Dios eterno! esclamo.... Todos se callan al oír mi exclamacion; el ermitaño alza los ojos á mirarme, y ya no me queda duda.... Corro á sus brazos gritando, ¿eres tu, mi querido Gonzalo?—El solitario sin responderme, ni participar de mi extraordinaria conmocion, me estrecha dulcemente contra su pecho, y con voz suave y aire tranquilo: «si, mi querido amigo, me contesta, el mismo soy»

Algunos momentos se pasaron sin que yo pudiese separarme de los brazos de Gonzalo, y sin que Lopez ni el superior de la Congregacion entendiesen el motivo de mi sorpresa. Este último, sin embargo, callaba y miraba de hito en hito al hermano Federico, pero sin manifestar alteracion alguna en su rostro, ni interrumpir aquella escena muda con palabra alguna indiscreta. Lopez fué el primero que rompió el general silencio: «creo, me dijo, que conoces al hermano Federico, y que no esperabas tampoco encontrarle en este sitio.»—Ni aun en este mundo, respondi yo, esforzándome á contener mi excesiva agitacion.—«Asi es la verdad, interrumpió el hermano Federico, que la nueva de mi muerte se ha esparcido entre todos los que me conocen, y no sin razon en rigor; pues

que me considero muerto para el mundo.»—¿Será posible? exclamé yo.—«Esa es mi invariable resolución.»—¿Y no podré yo saber....?—«Demasiado he dicho ya, amigo mio.»

El prelado comprendió muy bien el sentido de estas últimas palabras, y dirigiéndose á mi me dijo: «No soy yo tan rigoroso que intente privar á V. de preguntar al hermano Federico sobre los sucesos de su vida; por mi parte le doy permiso para que goce de completa libertad esta tarde, y Vds. me darán el suyo para que yo continúe en mis quehaceres. El hermano Federico, hincando en tierra una rodilla besó la estremidad del hábito de su superior como admitiendo y agradeciendo su bondad; Lopez y yo también le dimos gracias por su cortesía, y siguiendo su consejo nos encaminamos ácia el *balcon del mundo*, donde con mas espacio podíamos hablar y satisfacer nuestra comun curiosidad.

Hacia la parte occidental del solitario recinto hay un enorme peñasco, sobre el cual pasa la cerca formando una especie de galeria, suspendida á grande altura sobre el mismo camino que nosotros habíamos traído; y á este lugar en donde gozán de algun recreo los ermitaños han dado, y no con impropiedad, el nombre de *balcon del mundo*.

Algunos asientos de piedra convidan á detenerse allí; y en medio de ellos y aislada de todos hay una silla, de piedra también, que llaman del *Obispo* y está tan perfectamente trabajada, y es tal su configuración, que ofrece casi tanta comodidad como una regalada poltrona. Allí fué donde se colocó mi amigo Alvarez; no lejos de él tomé yo asiento, y á mi lado el hermano Federico.

Aunque las aventuras de éste eran el principal objeto que allí nos llevaba, no pudimos menos de dedicar los primeros momentos á contemplar la escena que se ofrecia á nuestros ojos desde aquel hermoso punto de vista. Al pie de la sierra, en cuya cima nos hallábamos, se estiende una gran llanura levemente interrumpida por pequeñas colinas. A nuestro frente veíamos el castillo de la *Albayda*, antigua fortaleza convertida actualmente en un mediano caserío, y que domina una porcion de terreno conocido con el nombre de los *llanos*, ácia la izquierda divisábamos la ciudad, aquella antigua Córdoba, que bajo el reinado de los Califas llegó á tal punto de prosperidad y cultura, y que en el dia no presenta ya sino un monstruoso conjunto de miseria y riqueza. Las innumerables torres y campanarios nos hacian dudar si cada casa se habia convertido en una iglesia ó monasterio; pues los muchos edificios que hay de esta clase casi obscurecen ó ocultan los demas. Cuando muere un individuo de alguna de las familias que hacen subir el origen de su nobleza á los tiempos de la conquista, las campanas de todas estas torres hacen resonar el aire con un sonido lúgubre, y llenan de melancolía á una poblacion de muchos miles de almas por hacer ostentacion y alarde de un ridiculo privilegio. A la parte meridional distinguimos la catedral que parecia desde donde nos hallábamos unida con el puente, y á la ribera opuesta un antiguo castillo que lleva el nombre de la *Calahorra*, y el arrabal conocido por el *Campo de*

la Verdad, donde la con tancia de infinitos mártires selló con inocente sangre la profesion heroica de su fé. Sigue desde este punto estendiéndose la vasta llanura sembrada de algunas poblaciones, escasas en número para las que podia alimentar la tierra mas fértil acaso de toda la Europa, regado por el caudaloso Guadalquivir, siendo el confin de este vasto teatro nada menos que las blanquecinas alturas de la Sierra-Nevada; tan inmenso es el espacio que puede recorrer con la vista un solitario de las ermitas de Córdoba, y tanta es la propiedad con que se ha dado al parage en que nos hallábamos el nombre de *balcon del mundo*.

(Se continuará.)

CARTA

DE UN BARBERO Á UNA PESCADORA.

Por D. Enrique de Cisneros y Novallas



En estilo tosco y rudo
á decirte que te quiero,
Juana, por escrito acudo,
porque el casarse un barbero
es negocio *pegiagudo*.

Mi fiel corazon te adora,
y en tu amor su dicha fragua,
pues tu gracia me enamora,
y al ver á mi pescadora
se me hacen los dientes agua.

Y si soy correspondido,
si me llegas á querer,
Juana, ni un momento olvido
que yo seré tu marido
y tu serás mi mujer.

Si admites la noble ofrenda
de tu rendido galan,
él, de su cariño en prenda,
te promete que en su tienda
afeites te sobrarán.

De perfumes y jabon
no te hablaré, amado hechizo,
porque creo no es razon
buscar para la cuestion
terreno resbaladizo.

Tampoco mi habilidad,
que cien rostros han probado,
elujio con vanidad,
pues me parece en verdad
asunto manoseado.

Mas en mi empleo excelente
me adornan tan altas cotes,
que á la encopetada jente
yo miro de frente á frente,
y me rio en sus vigotes.

Y pues gozo tanto honor,
no es extraño que presuma
que si algún noble señor
me di-pese su favor
subiré como la espuma.

Si te dignas aceptar
la mano de tu Fabricio,
todos te han de respetar,
pues los hombres de mi oficio
son hombres de *armas tomar.*

Y si uno en tu amor perfidia
sin conocer mis estilos,
con mis navajas un día
le mato; aunque esto sería
herir por los mismos filos.

Esta carta has de aceptar,
porque yo en cólera monto
si me llegan á ultrajar;
conque... decídetelo pronto
y pelillos á la mar.

Espero que en tal apuro
esta propuesta te cuadre,
como á todos aseguro,
porque... cuidado que juro
por las *barbas* de mi padre

Que si pones mala cara
andaría á tente bonete
con quien mi amor despreciara,
que *en pelillos no repara*
tu

FABRICIO NAVARRETE.

Á LA NOCHE.



Á mi amigo D. Enrique Cisneros y Nuevas.

Yo te saludo, oh noche bienhechora,
y bendigo tu santa inspiracion;
tu nos prestas tu llama protectora
cuando muere la luz del corazón.

Cúbreme amiga con tu hermoso manto,
déjame tus perfumes aspirar....
yo quiero, oh noche, en mi mortal quebranto
tu alegre pompa y mi dolor cantar.

¡Cuan bella si una nube soñolienta,
cual blanco velo de flotante tul,
viene á empañar tu luna cenicienta,
ornato y prez del firmamento azul!

Tu en tu sublime magestad potente
solo dejas magnífica escuchar
ya el sonoro murmullo de la fuente,
ya el gigante zumbido de la mar.

Tu guardas ¡ay! una escondida historia,
trasunto fiel de mi perdido amor;
cual la ilusión de una mentida gloria,
como el recuerdo de otra edad mejor.

El blanco disco de tu errante luna,
la limpia luz de tus estrellas mil,
reverbera el arroyo y la laguna
que empaña apenas zéfiro sutil.

Si la espléndida Cintia desaparece,
y tiendes denegrada tu capuz,
tu soberana gloria resplandece
de un fuego fátuo á la dudosa luz.

El campo alegre con tu ausencia llora
sus esplendores que contigo van,
y al primer rayo de importuna aurora
llanto las flores por tributos dan.

Yo que el dintel de la engañosa vida
cruze en mi afán con receloso pié,
un puerto ansiado, una verdad querida,
tras tu sombra fantástica encontré.

Los felices sus ojos al oriente
en busca de cien soles volverán,
los tristes ¡ay! de corazón ardiente...
¿qué precio á mis cantares negarán?

Yo vi una hermosa, de beldad modelo,
y en mi ilusión frenético la amé,
y ella mi encanto, mi placer, mi anhelo,
mi numen solo, mi esperanza fué.

¡Cuántos recuerdos de perdida gloria
mi sueño, oh noche, á sorprender vendrán,
hoy que olvidadas, cual su alegre historia,
mis lentas horas resbalando van!

Tu nos velaste con tu manto amigo,
cuando corrí de mi ventura en pos,
en tu impalpable sombra fiel testigo,
los dulces hurtos del vendado Dios.

Odié la luz, y como amante triste
busqué un consuelo en tu atezada faz,
y tu burlar mas de una vez supiste
de imbécil Argos el intento audaz.

Fué mi gloria mi amor, y aquel consuelo,
aquella dicha, que cifraba en tí,
huyó cual humo, y mi placer, mi cielo,
en noche oscura sumergirse ví.

Iris de paz, en mi agitada vida
tu darás fin á mi constante afán,
y á deramar un bálsamo en mi herida
los gemidos de la noche volverán.

Imágen de mis plácidos amores,
sobre las ruinas de mi dicha vén,
y tu guirnalda de aromosas flores
refrescará mi abrasadora sien.

Cúbreme amiga con tu hermoso manto,
déjame tus perfumes aspirar...
yo quiero, oh noche, en mi mortal quebranto
tu alegre pompa y mi dolor cantar.

Po. García.

Gonzalo de Albornoz.

I.

Eran las dos: el astro nocturno hería con melancólica luz las blancas paredes de la hechicera Sevilla: reinaba en ella el mas profundo silencio, y sin embargo no todos sus moradores disfrutaban del sueño, como hubiera podido cualquiera figurarse. En una espaciosa estancia ricamente alhajada, donde campeaban todo el gusto y lujo del siglo XV, se representaba la escena que vamos á describir. Cubiertas estaban las paredes de costosos tapices, y el pavimento de una preciosa alfombra de Persia, de esquisitas labores, que ofrecía blando piso, y ahogaba el ruido que debían producir las pisadas. Cuatro espejos del mayor grandor repetían en su fondo, á favor de unos blandones de cera colocados en los ángulos de la habitación, una gótica mesa en la que el artista había esculpido con maestría rasgos de generosidad y valor tan propios de aquella época.

En medio del salon y recostados en ricos siales, de los cuales uno estaba forrado de roja escarlata, y en cuyo respaldo lucían primorosamente cinceladas en bronce las armas del Señor de aquel palacio, veíanse dos personajes que con la mano en la megitla en ademán pensativo, y apoyando un brazo sobre la mesa, acababan de apurar algunas copas del buen Jerez, porque siendo la noche bastante fria preferían calentarse con aquel licor, que con el fuego de la chimenea, cuyo opaco resplandor les daba un colorido fantástico. En aquellos momentos se miraban en silencio, esperando cada uno de ellos conocer el plan que interiormente concebía su compañero.

Ocupaba el sial de preferencia el joven Gonzalo Conde de Albornoz: su estatura era aventajada, sus ojos negros como el azabache, y de una vivacidad oriental, sus cabellos del mismo color luengos y rizados caían graciosamente sobre su espalda. Apenas había cumplido 24 años: en su fisonomía se marcaban la franqueza é hidalguía, aunque de vez en cuando su espaciosa frente se recogía algo sobre sus sienes, señal manifiesta de firmeza irrevocable en sus proyectos. Ceñía una magnífica sobrevesta de púrpura salpicada de flores de oro, ajustándola á su esvelto talle un rico tahalí, del que pendía una larga y bien templada hoja de Toledo.

Era el otro Adolfo de Polmeran, baron de Niebla, mancebo de conti ente marcial é íntimo del conde. En el momento en que empieza á hacerse interesante su conversacion, decía el baron: Todo es inutil, nada con eguirás.—Inutil! replicó Gonzalo levantándose repentinamente del sial que ocupaba, ya lo vere-

mos.—El ambicioso marques no os ha de conceder la mano de Amelia, pues se la ha ofrecido al duque, con quien la van á enlazar antes de rayar el día.—¡Desposarse! jamás. Ella no consentirá por mí, y la quieren violentar.... No, yo lo evitaré! Ruiz, mi armadura de batalla, haz que ensillen mi corcel negro.... pronto, volad. Tu tambien me acompañarás Adolfo. Antes de una hora hemos de estar en casa del marques para evitar se efectue tan abominable enlace: si, porque ella es arrastrada al altar, como la víctima al sacrificio.... Ah! yo te salvaré, hermosa Amelia, angel de mis amores, ó pereceré á tus pies: dijo, y fué interrumpido por la llegada de dos pages que traían una luciente armadura. Vistiéronse prontamente y cubrió su cabeza con un casco del que salían tantas plumas blancas, que le ocultaban casi toda la espalda, y abrazó un escudo en el que se leía este mote: DIOS, MI DAMA Y MI HONOR. (Se continuará)

REMITIDO.

SOLUCION Á LA CHARADA

del Sr. Suero de Quiñones inserta en la Revista del 29 de Enero.

Merece su graduacion
El Payo entre los actores,
Y de justos acreedores
La Paga es satisfaccion:
Allá sonó en la Pasion
El canto feliz del Gallo,
Lloró S. Pedro, y lo hallo
Obtener la Dignidad,
Que es la primera mitad
Del lujoso Papagallo.

UN INCÓGNITO.

CRÓNICA.

Desde 1.º de Febrero próximo verá la luz pública en esta capital el Coco, simil de los periódicos jocosos de literatura y artes. La baratura de su precio (DIEZ RS. AL AÑO) el estilo festivo de su prospecto, que tenemos á la vista, y las ventajas que promete á los suscritores, nos hacen creer tendrá muy buena acogida. Nosotros lo recomendamos eficazmente, y esperamos no quedarán defraudadas las esperanzas de sus redactores.

—Tambien parece que en el inmediato Febrero empezará á publicarse otro periódico titulado el CADUCEO: tan luego como veamos el prospecto daremos cuenta de él á nuestros suscritores.

—Esta noche se ejecuta en el teatro *La segunda parte de la rueda de la fortuna*, que se estrenó en la Corte el 9 del corriente. Mucho nos prometemos de la acreditada pluma del Sr. Rubí.